

## REFLEXIONES SOBRE EL TRASFONDO CULTURAL DEL POLIMORFISMO MEGALÍTICO EN LA LORA BURGALESA

POR

GERMÁN DELIBES DE CASTRO

MANUEL A. ROJO GUERRA

Universidad de Valladolid

**PALABRAS CLAVE:** Megalito, monumentalidad, ajuares, tumbas abiertas/tumbas cerradas, agregación poblacional (espacio, tumba sociedad).

**KEY WORDS:** Megalithic, Monumentalitu, Crave goods, Open Toms/Closed Tombs, demographic concentration (space, timb, society).

### RESUMEN

A través del análisis de los tipos de monumento, el comportamiento de sus ajuares y las características de los depósitos funerarios, pretendemos extraer una serie de conclusiones en relación con la evolución del foco megalítico de La Lora burgalesa y el trasfondo cultural que subyace a la variabilidad monumental que se aprecia en la zona.

### SUMMARY

Through the analysis of the different types of monuments, the grave goods behaviour and the features of the burial deposits, we aim to draw some conclusions related with the La Lora (Burgos) megalithic focus evolution, and the cultural background underlying the monument variability in this area.

El proyecto de investigación que sobre las sepulturas megalíticas del entorno de Sedano (Burgos) llevamos a cabo los autores conjuntamente durante más de dos lustros ha generado hasta el momento, a la espera de una publicación definitiva y completa de sus resultados, una decena larga de trabajos en los que hemos analizado muy distintos aspectos: la singularidad de su arquitectura (Delibes y Rojo, 1988), su implantación en el paisaje (Rojo Guerra, 1990 y 1994), su normal condición de enterramientos colectivos (Delibes, 1995), la posición cronológica de estos yacimientos a la luz de las fechas de C-14 (Delibes y Rojo, 1997), sus imbricaciones con el fenómeno de la pintura esquemática (Delibes y Rojo, 1989), la personalidad de unos ajuares en los que se adivinan tanto resabios mediterráneos como rasgos exclusivos del espacio de la Submeseta Norte (Delibes y Rojo, 1992) o, incluso, las posibilidades de ta-

les monumentos como oferta cultural (Delibes, 2000).

A través de dichos trabajos hemos propendido a definir algunos de los rasgos que mejor definen este foco megalítico, a ofrecer una panorámica general de su comportamiento, corriendo el peligro, sin embargo, de proporcionar una imagen simplificada, excesivamente homogénea y estática, de un fenómeno que, en realidad, es polimorfo y muy dilatado en el tiempo ya que transita a lo largo de casi un milenio. Las excavaciones más recientes han contribuido a vislumbrar una realidad más compleja y verosímil, en la que la identificación en la necrópolis de Fuente Pecina de pequeños túmulos con construcciones megalíticas simples y en El Rebolledo de aún más reducidos promontorios sin auténticas cámaras subyacentes permiten trazar una secuencia de la arquitectura dolménica regional que, en nuestra opinión, más que reflejo de la creciente destreza arquitectónica de quienes construyen los monumentos o de la espontánea y repentina incorporación a La Lora de modelos megalíticos exóticos y más universales, es, sobre todo, trasunto de unas necesidades sociales nuevas que se proyectan en el plano religioso y que aconsejan, si es que no demandan, una constante invocación a los ancestros (Delibes, Rojo y Represa, 1993).

Seguimos viendo con agrado la idea, inicialmente desgranada por Renfrew (1976), de que la monumentalización del paisaje, su megalitización por parte de las poblaciones neolíticas del Oeste de Europa, probablemente obedeció a un intento de territorializar el espacio y de establecer demarcaciones que antes no resultaban necesarias por el muy distinto significado que tenía la tierra previamente a la introducción de la agricultura. Al tiempo, coincidimos con el parecer de otros prehistoriadores que sienten la necesidad de completar esta ecuación agricultura = megalitos con el convencimiento de que la construcción de los últimos, con frecuencia colosales, difícilmente hubiera sido posible en una sociedad cazadora-recolectora sin acumulación de excedentes (Legge, 1989, 220) o, por

lo menos, de que surgieron en el seno de comunidades cuyo concepto de espacio y tiempo había cambiado radicalmente respecto al de sus predecesores mesolíticos (Criado, 1993; Bradley, 1998, 50). Y también, pues encierra un significado parecido, con la particular perspectiva de Sherratt (1990) para quien los megalitos simbolizan y dan fe de la fuerza de trabajo requerida por las nuevas prácticas agrícolas, aunque esto no deje de ser sólo un prejuicio a los ojos de autores tan solventes a la hora de analizar estas cuestiones como Thomas (1990, 19-21). Sin embargo tales observaciones, que explicarán el por qué de los dólmenes en precisamente aquella época y en el seno de aquellas comunidades, no aportan respuesta alguna a la incógnita de la diversidad y evolución de la arquitectura dolménica en un territorio dado, esto es, a qué se debió que fueran cambiando progresivamente las cosas tanto en términos de monumentalidad como en cuanto a la adopción de muy distintos modelos arquitectónicos.

Uno de los objetivos que persigue este trabajo es sentar las bases de la secuencia megalítica del noroeste de la provincia de Burgos, tomando como referencia para ello una larga y, en general, convincente serie de dataciones absolutas. No soslayamos, pues, nuestra intención de fijar las líneas maestras de una periodización en la que se integren tanto los aspectos arquitectónicos y propiamente tipológicos de los sepulcros, como los relativos a los ajuares y al ritual, para lo cual apenas si es necesario franquear el mero campo de la arqueología descriptiva. Pero, junto a ello, que siempre proporciona una base para comparar el comportamiento evolutivo de este foco megalítico respecto al de otras áreas, confiamos también en encontrar elementos de juicio y asideros suficientes para interrogarnos por las causas o condicionamientos culturales de dicho comportamiento y, tal vez también, para discutirlo en el marco general de un proceso histórico más amplio.

#### 1. CLASES DE MONUMENTOS Y GRADOS DE MONUMENTALIDAD: HITOS EN LA EVOLUCIÓN DE LA ARQUITECTURA TUMULAR

Durante largo tiempo, influenciados por las teorías de H.N. Savory (1975), a su vez deudoras de viejos trabajos de Maluquer de Motes (1947 y 1974), hemos dado por hecho que la implantación del megalitismo en Burgos, y en el Este de la Meseta en general, se debía a un fenómeno de difusión cuyo origen situábamos, respetuosamente con las

teorías al uso, en la orla portuguesa. Dentro de ese mismo contexto, nos atrevimos a defender también que el primer modelo megalítico adoptado en las tierras interiores había sido el sepulcro de corredor o *passage grave*, al que se suponía, como en el caso del dolmen alavés de San Martín, inspirado en los monumentos con cámara redonda y largo pasillo del área del Alentejo. Además, la circunstancia de haber obtenido fechas absolutas muy profundas para el sepulcro de corredor de Ciella, en Sedano —en su día las más antiguas de C 14 disponibles para el fenómeno megalítico de la Península Ibérica (Delibes, 1984)—, contribuyó asimismo a potenciar dicho planteamiento y a dar por supuesto, sin grandes vacilaciones, que con este modelo constructivo se iniciaba la trayectoria megalítica regional. Algo todavía más comprensible, si cabe, cuando, en rigor, no había constancia en la Submeseta Norte de otros tipos diferentes de tumba megalítica fuera de las «cistas» de El Valle (Leisner y Schubarth, 1964) y Villaescusa de Butrón (Urbarri, 1975) vinculadas, en el primer caso, al grupo salmantino de Ciudad Rodrigo y, en éste, al foco del norte de Burgos.

Tras las primeras excavaciones en La Cotorrita, Ciella, Las Arnillas, La Nava Negra o El Moreco, que en todos los casos pusieron al descubierto sepulcros de corredor, cobró más fuerza aún la posibilidad de un único modelo megalítico regional, aunque hoy seamos conscientes de nuestra involuntaria falta de objetividad y escasa perspicacia a la hora de tratar de demostrar lo contrario: los resultados estaban condicionados por el criterio de selección de los yacimientos a excavar —siempre túmulos grandes y con aparatosas estructuras megalíticas, de indudable condición neolítica— lo que nos llevó a desentendernos de decenas de tumulitos mucho menos extensos y de menor porte, sin cámaras visibles además, que sospechábamos de la Edad del Bronce, por analogía con los exhumados previamente en Tablada de Rudrón (Campillo, 1985) y el Paso de la Loba (Rojo Guerra, 1989), e incluso posteriores, ya de la Edad del Hierro. Las tres últimas campañas de excavación (1992-4), centradas por fin en algunos de estos últimos monumentos, han sido decisivas para acabar con aquella impresión de uniformidad en la arquitectura dolménica regional y para atisbar una trayectoria dentro de la misma en la que somos partidarios de individualizar cuatro etapas bien diferenciadas desde un punto de vista arquitectónico:

a) *Pequeños túmulos sin estructura megalítica*, en los que los osarios —cortos de efectivos, a juzgar por los datos de El Rebolledo y Fuente Pecina

IV— yacen al nivel del primitivo suelo, sin un contenedor definido, en el centro de los círculos tumulares. En el primero de los yacimientos mencionados, de aspecto cónico, el diámetro de la estructura no rebasa los 8 m., ni su altura 1,5; Pecina IV pudo tener una superficie algo mayor, no alcanzándose a precisar por su deterioro si su aspecto original era también cónico o, como hoy se presenta, un simple casquete esférico. A falta de cámara, los restos humanos aparecen directamente recubiertos por el rollo del túmulo, si acaso simbólicamente defendidos por alguna piedra de tamaño superior al que promedian las del resto del monumento. Los ajuares, artefactualmente cuando menos, prueban la condición neolítica de estas sepulturas, que el C-14 calibrado tiende a situar en El Rebolledo en torno a las dos últimas centurias del quinto milenio BC. Hay constancia en La Lora, pues, de una tradición funeraria tumular anterior a la implantación del megalitismo o, lo que es lo mismo, la monumentalización de la sepultura fue aquí un fenómeno previo a su megalitización.

b) *Dólmenes simples bajo túmulos de dimensiones reducidas.* Los monumentos que mejor ejemplifican el modelo son los sepulcros I y II, también posiblemente el III, de la necrópolis de Fuente Pecina aunque, a juzgar por los datos de prospección, parece tratarse de un tipo de monumento bastante común en todas las parameras del área en estudio. Disponen de cámaras poligonales de tendencia circular, de ortostatos apaisados que buscan apoyo en robustos círculos peristálticos, y contaron en origen, como pudo advertirse en Pecina II, de cubiertas lígneas. No fueron, entonces, monumentos completamente abiertos, como se dice de los célebres *Rundgraber* del Sureste, pero tampoco herméticos y de hecho en el último de los yacimientos mencionados, junto a una de las paredes, se abre una trampa o escotillón vertical que revela la disponibilidad de la tumba durante un periodo de tiempo más o menos prolongado. El diámetro de las cámaras no llega a 2 m por 10/12 en los túmulos, mientras que la altura de estos últimos, a juzgar de nuevo por el ejemplo de Pecina II, se aproxima al metro y medio. Fechas absolutas de las sepulturas I y II aconsejan situar esta clase de monumentos entre uno y dos siglos después de los de tipo a), esto es, en torno al 4000 BC. Como resumen de la situación cabría decir que los monumentos tumulares incorporan por vez primera un esqueleto megalítico, aunque no se trata de ninguno de los modelos universales, por lo que bien pudo suceder al margen de estímulos externos.

c) *Las primeras tumbas con pasillo.* Aunque

revelan cierta diversidad estructural, cuentan como denominador común con un explícito corredor que se desenvuelve a modo de radio incompleto de los redondos túmulos. En Valdemuriel nos sentimos capaces de distinguir tres rasgos de arcaísmo: el alargamiento de la planta de la cámara, el empleo para su delimitación de ortostatos apaisados —algo bien característico de los dólmenes simples de la fase anterior, que no volverá a verse en los sepulcros de corredor más avanzados—, y la construcción del pasillo por apilamiento, en vez de yuxtaposición, de bloques, lo que refleja poca preocupación tanto en términos de gasto de materia prima como de inversión de esfuerzo. Además, cual sucede en Ciella y en La Nava Negra, no tenemos constancia de que hayan existido dinteles en el corredor, lo que justificaría la falta de entidad de las imprescindibles «jambas». La orientación de los pasillos es Este, muy ligeramente Sureste. Y, por último, los túmulos que protegen exteriormente estos sepulcros, fieles como hemos dicho a la tradición de la planta circular, se aproximan a los 15 m de diámetro. Las más antiguas dataciones absolutas habidas para estas sepulturas —por ejemplo en Ciella— se imbrican con las de los dólmenes simples, lo cual, unido a la coincidencia parcial de sus ajuares, permite apostar por cierto desarrollo simultáneo de ambos tipos. La aparición del pasillo, empero, supone un aditamento constructivo de carácter suficientemente innovador como para individualizar estos monumentos en una fase arquitectónica propia.

d) *Los grandes sepulcros de corredor,* como Las Arnillas, La Cabaña y El Moreco, se caracterizan por una considerable masa tumular (pueden sobrepasar los 25 m. de diámetro y los 2,5 de altura) y, no menos, por una complejidad constructiva sin parangón en las etapas precedentes. Las cámaras, en efecto, se aparejan ahora con un más elevado número de losas ortostáticas, lo que permite reducir al mínimo los ángulos y multiplicar la impresión de circularidad. Los pasillos, que cubren por completo la distancia entre la puerta cameral y la periferia tumular, ostentan sistemáticamente una orientación Sureste y denotan una, hasta ahora, desconocida consistencia, en sintonía con sus cubiertas adinteladas. Y, además, para paliar ciertas irregularidades de los grandes bloques —por ejemplo buscando igualar la altura de sus cotas cimeras— algunas de las construcciones se rematan con un esmerado ripio de piedra en seco, bien atestiguado en Las Arnillas. Hay testimonios indirectos de que las cámaras cerraban con cubiertas de madera y ramaje, ayudándose de un poste central y, en cuanto a los túmulos, los hay que son simples pedregales, no exentos de peristaltos

(Las Arnillas), junto a otros (El Moreco) en los que, entre la coraza externa y los refuerzos pericamerales, se dispone un espeso lecho de tierra oscura, perfectamente cernida. De acuerdo con dos dataciones absolutas de Las Arnillas, parece que este tipo de monumentos no sólo estaba vigente sino todavía en construcción en el intervalo 3700-3200 BC. Sin embargo su despegue hubo de ser claramente anterior a juzgar por ciertas fechas de La Cabaña y El Moreco, aunque en el último caso, como explicaremos después, albergamos dudas de si en realidad no deberán asociarse a un monumento megalítico primitivo, fosilizado con el paso del tiempo por el túmulo correspondiente al gran sepulcro de corredor actualmente visible.

\* \* \*

Aunque la «carrera» de la monumentalidad se inicia en La Lora con marcadores muy pequeños, como el túmulo de El Rebolledo, estos no dejan de ser estructuras funerarias que se proyectan deliberadamente al exterior, que alteran por tanto el paisaje y que imprimen sobre él un particular sello antrópico desconocido hasta entonces. En cierta manera puede llamar la atención el escaso tamaño de los monumentos que inician la serie, frente al colosalismo de sus correspondientes en, por ejemplo, la secuencia armoricana: los *tertres tumulaires* o de cofres múltiples y los túmulos carnacenses (Boujot y Cassen, 1992). Pero ello, que cabría atribuirse a una menos imperiosa necesidad en nuestro ámbito de reivindicar un espacio (el territorio), también podría obedecer a la marginalidad de La Lora respecto a la frontera neolítica danubiana, en una latitud en la que las sociedades locales carecen de referencias y por tanto de motivos para tratar de rivalizar con aquellos túmulos gigantescos del *Rubané* o LBK reciente que, en algunos lugares de la cuenca de París, como Balloy (Mordant, 1997; Chambon y Mordant, 1996), se superponen a las casas alargadas del mismo grupo cultural.

Es evidente que los túmulos tipo Rebolledo y Pecina IV exteriorizan ya cierta preocupación entre sus constructores por hitar la tierra; suponen la reclamación de unos derechos sobre la misma. Sin embargo, aunque sus ajuares, como veremos, reflejen una incondicional tecnología neolítica (cerámica y hachas pulimentadas), no disponemos de argumentos concluyentes para afirmar que lo que se reivindica es gleba, tierra de cultivo. La inmediatez de las tumbas a zonas de buen suelo, en un sector en el que éste es escaso, hace la hipótesis perfectamente verosímil; pero habremos de recordar, haciendo ho-

nor a la objetividad, que la arquitectura monumental, del mismo modo que no fue un rasgo exclusivo de las Altas Culturas, como llega a apostillar Gordon Childe (1950), tampoco puede considerarse privada, bajo ningún concepto, de las sociedades neolíticas. La idea de que hubo de existir una economía excedentaria tras la construcción de estos primeros túmulos de La Lora es, entonces, discutible, dada, por un lado, su escasa envergadura, por otro, la evidencia de inequívocos testimonios de monumentalización entre cazadores-recolectores de diversas partes del mundo (Bradley, 1993, 1), y, finalmente, pero no menos importante, la percepción de que la cantidad de tiempo no comprometido en las actividades subsistenciales en sociedades sólo apropiadoras es enorme (Thomas, 1990, 20). En este sentido, máxime cuando todavía conocemos mal el calendario de la introducción de la economía productiva en la Submeseta Norte, constituiría una frivolidad por nuestra parte descartar de plano que estos más antiguos monumentos burgaleses pudieran haber correspondido a sociedades apropiadoras, única o, al menos, principalmente centradas en el aprovechamiento de recursos silvestres.

Por otra parte, los modestos sepulcros de El Rebolledo y Pecina IV, a diferencia de los grandes túmulos del Oeste de la Europa templada, difícilmente simbolizan, en la línea de lo postulado por Sherratt (1995), la fuerza de trabajo y la capacidad tecnológica reclamadas por la práctica agrícola. Otra cosa bien distinta podrá verse, sin embargo, en el caso de los monumentos mayores, especialmente de los sepulcros de corredor, en los que el esfuerzo invertido fue notable y en cuyas inmediaciones, significativamente, existan campos de cereal según atestigua un análisis polínico correspondiente al paleosuelo de El Moreco (López, 1988). Por todo ello tendemos a considerar que la carrera de la monumentalidad —el progresivo aumento del porte de las sepulturas— seguramente respondía a la necesidad de apelar a símbolos cada vez más contundentes y disuasorios en un ambiente de competencia creciente por determinados bienes locales. No nos parece descartable, entonces, que el amojonamiento en un primer momento pudiera obedecer al deseo de monopolizar un simple recurso natural; que luego adquiriera mayor relieve con el cambio de uso, agrícola, del suelo y su consiguiente incremento de valor; y que, andando el tiempo, aún se acentuara el afán de territorializar y de defender la tierra a resultas del lógico crecimiento demográfico derivado de la estabilización de una economía con excedentes.

Nos mostramos partidarios, pues, de atribuir la progresiva monumentalidad de las tumbas a factores

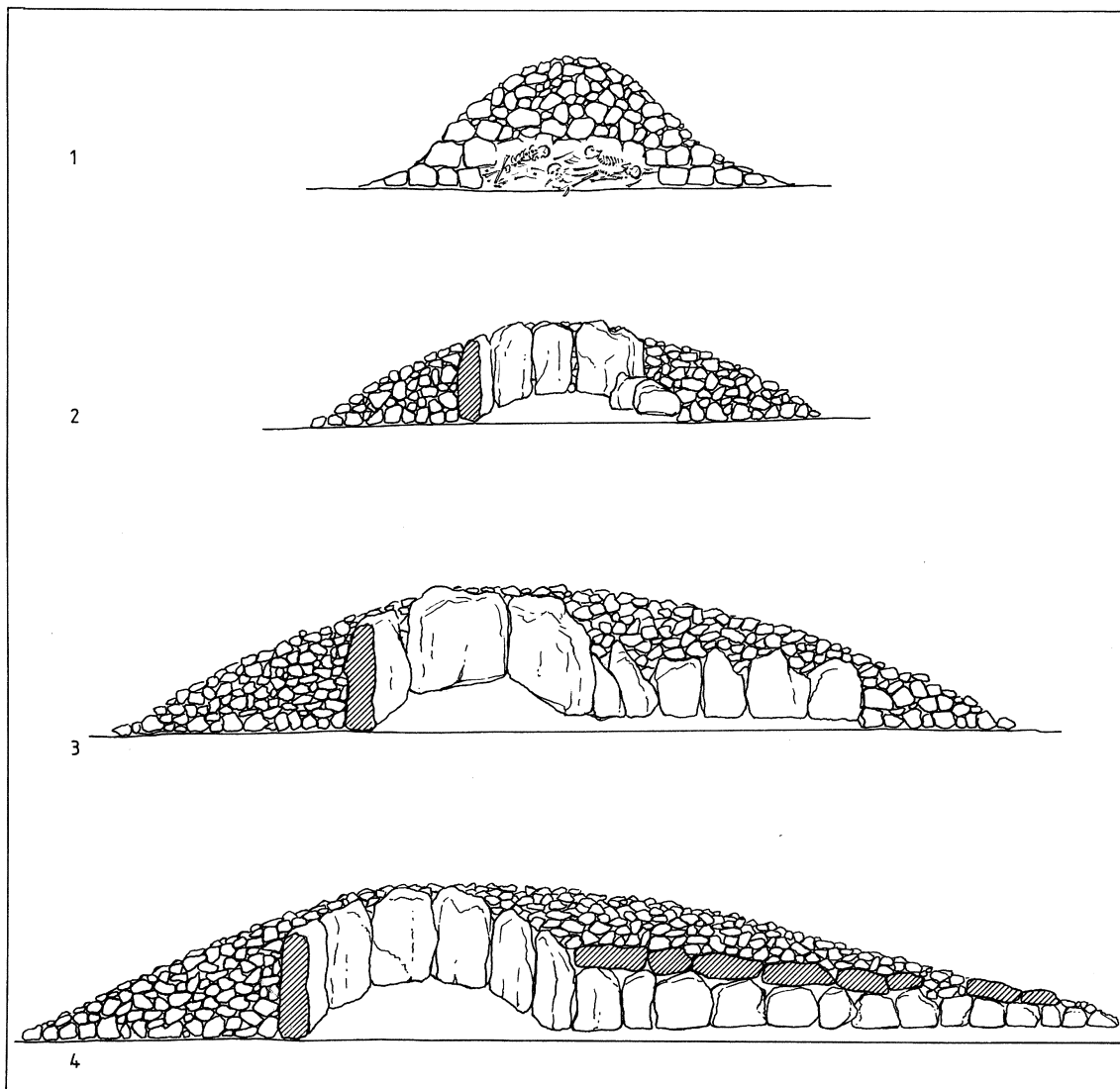


Fig. 1. Secuencia de monumentos funerarios en la Lora burgalesa: 1. Túmulo no megalítico (tipo Rebolledo); 2. Dolmen simple (tipo Pecina II); 3. Primeras tumbas con pasillo (tipo Valdemuriel) y 4. Gran sepulcro de corredor (tipo Las Arnillas).

internos, por más que la incorporación en un determinado momento de modelos arquitectónicos cosmopolitas, como los sepulcros de corredor, no deje de reflejar alguna suerte de interacción con otros ámbitos geográficos del Oeste europeo. Pero nada de ello empaña la impresión de encontrarnos ante un proceso desenvuelto en un marco de continuidad, también percibido en otros detalles. Según sugestiva definición, un monumento es «algo duradero que sirve para conmemorar» (Bradley, 1993, 2), esto es, que tiene la virtud de permanecer en la memoria (Beguiristain y Vélaz, 1999). Quienes eligieron el emplazamiento de los dólmenes simples de Pecina I

o II no lo hicieron aleatoriamente, sino que se guiaron por la presencia en aquel lugar de un túmulo anterior (Pecina IV) que adjetivaba el entorno como un paraje sagrado; lo cual significa, de forma bastante segura, que los responsables de la remonumentalización del lugar fueron gentes del mismo ascendiente y probablemente de la misma comunidad, aunque pertenecientes a una generación posterior. En suma, el cambio en el modelo de tumba es evidente pero, lejos de cualquier discontinuidad cultural, la evolución de la arquitectura de los sepulcros vendría a ser sólo prueba de la vigencia o transtemporalidad del carácter sagrado del sitio.

Fuente Pecina es en este sentido un ejemplo claro de monumentalización progresiva, pero no el único en La Lora ya que existen razones para sospechar de otro aún más espectacular en el caso de El Moreco. Un estudio edafológico de su túmulo efectuado por Hoyos (1990) ha permitido, en efecto, reconocer tres suelos vegetales distintos a lo largo de su secuencia, los cuales se localizan en la base, más o menos a mitad de su altura y en las cotas cimeras. La interpretación de este último no ofrece problemas al corresponderse con la cobertera actual; tampoco la del situado bajo el túmulo, que no será sino un horizonte A previo a la erección del monumento; en cuanto a la paleosuperficie intermedia, habrá de identificarse con el techo de un primer túmulo, fosilizado por el actual, que levantara poco más de un metro. De ahí la idea de que en el solar de El Moreco se superpusieron dos monumentos consecutivos, en el marco de un proceso que hizo posible que una pequeña sepultura inicial, tal vez un dolmen simple, acabara convirtiéndose, como resultado de esa demanda de mayor monumentalidad de los nuevos tiempos, en un colosal sepulcro de corredor. Una muy sugerente interpretación ésta, sin duda, que podría explicar el por qué de la mala factura de la obra del pasillo en tan magna sepultura como la de Huidobro —de confirmarse nuestra hipótesis se trataría de un añadido— y acaso también la antigüedad de la datación C-14 obtenida en su paleosuelo infratumular, varios siglos anterior a la fecha fundacional de, por ejemplo, el perfectamente comparable sepulcro de corredor de Las Arnillas. En cualquier caso la remodelación de primitivos monumentos, siempre tendente a multiplicar su presencia espacial, es un fenómeno conocido en el megalitismo europeo, con ejemplos tan expresivos como Le Petit Mont, en Bretaña —una compleja evolución, en varias fases, de túmulo simple a un *cairn* que acaba conteniendo varias tumbas de corredor (Lecornec, 1994)—, como Dombate, en la provincia de La Coruña —un sepulcro de corredor se superpone de nuevo a un cistoide previo, en este caso excéntrico respecto al túmulo de aquel (Bello Diéguez, 1994)—, o como ciertas sepulturas portuguesas, Farisoa y Comenda da Igreja por ejemplo, cuyos túmulos, inicialmente concebidos para antas o dólmenes, terminaron arrojando tholoi o sepulcros de cúpula calcolíticos (Leisner, 1951, 37-8) en situación que se repite, según comprobaciones recientes, en el anta 2 del Olival da Pega (Gonçalves, 1999: 90-99). Distintos casos, en fin, que, como otros del Reino Unido (Bradley, 1983, 16-17), jalonan una trayectoria de monumentalización bastante universal, de sepulcros simples a formas más elaboradas y complejas.

## 2. EL COMPORTAMIENTO DIACRÓNICO DE LOS AJUARES MEGALÍTICOS DE LA LORA

Con harta frecuencia se insiste en la estereotipia de los ajuares de los monumentos megalíticos al estar compuestos un tanto invariablemente por hachas pulimentadas, útiles líticos tallados (microlitos, puntas y láminas de sílex) y objetos de adorno como las cuentas de collar. Sin embargo, al menos en el caso de los dólmenes de La Lora, se trata de una afirmación en exceso simplista ya que un análisis detallado de cada tumba y, especialmente, un estudio de los ajuares por tipos de monumentos acredita que las ofrendas varían y se reparten desigualmente, reproduciendo una ordenación secuencial cuyas correspondencias con las distintas variedades de sepulturas se recogen en el cuadro de la figura 2. De él nos serviremos, por tanto, para fijar las principales tendencias observadas en el comportamiento de los ajuares rescatados en nuestras excavaciones, que se concretan en los siguientes puntos:

a) Existen ciertos elementos que, por ver restringida su presencia a determinadas fases, adquieren la dimensión de fósiles-guía secuenciales, esto es, de referentes de cronología relativa. Es el caso de los prismas de cristal de cuarzo, de las conchas de *dentalium* y de las cuentas de pizarra (minúsculas y en cantidades que superan el millar en Pecina II y IV), propios tan sólo de los túmulos no megalíticos y de los dólmenes simples. Por el contrario, las cuentas de lignito parecen asociarse a los grandes sepulcros de corredor como Las Arnillas o La Cabaña, con la sola excepción de un ejemplar de Pecina I.

b) Aunque láminas simples y hachas pulimentadas no faltan a lo largo de todo el desarrollo megalítico burgalés y en toda clase de monumentos, su número resulta inversamente proporcional al tamaño y complejidad de las tumbas. De ahí, por ejemplo, el contraste entre las doce hachas pulimentadas completas del pequeño túmulo megalítico de Pecina IV y las dos, además rotas, del gran sepulcro de corredor de Las Arnillas. O, por lo que se refiere a las láminas de sílex, las más de cincuenta de aquel frente a una docena de éste (tal vez incluso menos, pues en su mayoría son fragmentos), con la particularidad de que muchas de las primeras, en general más cortas, habíanse extraído de un bello núcleo prismático también recuperado entre las ofrendas del mismo monumento.

c) Un elemento tan representativo de los ajuares dolménicos de la Submeseta Norte y el Alto Ebro como las espátulas sobre tibias de ovicaprinos no se corresponde en exclusividad con ninguna de

	Láminas	Microlitos	Foliáceas	Espátulas	ADORNOS					Prismas	Núcleos	Hachas
					Pizarra	Lignito	Hueso	Dentalium	Otros			
<i>Rebolledo</i>	•	• (35)			•							•
<i>Pecina IV</i>	•	• (47)			•			•	•	•	•	•
<i>Pecina II</i>	•	• (23)		•	•	•		•	•	•		•
<i>Pecina I</i>	•	• (14)		•								•
<i>Valdemuriel</i>	•	• (9)			•							•
<i>San Quirce</i>	•	• (19)	•									•
<i>Las Arnillas</i>	•	• (7)	•			•	•		•			•
<i>La Cabaña</i>	•	• (7)	•	•		•			•			•

Fig. 2. Correspondencia entre ajuar y tipos de monumento.

las fases del megalitismo regional, ya que se las conoce asociadas tanto a los dólmenes simples, cual sucede en Pecina II, como a los mayores sepulcros de pasillo, caso de La Cabaña.

d) Los foliáceos, más comúnmente conocidos como puntas de flecha, se asocian a los sepulcros de corredor y, de manera particularmente profusa, a los de mayores dimensiones, esto es, Las Arnillas, La Cabaña y El Moreco. Pasan, pues, por ser «fósiles-guía» del momento más evolucionado del megalitismo de la Lora sin que la documentación regional, poco explícita, permita precisar su aparición en el Neolítico Final o en los comienzos del Cobre.

e) Las monturas geométricas muestran también un comportamiento particular, recogándose en la figura 3 las asimetrías detectadas entre las que proceden de dos de los monumentos más antiguos del cementerio de Fuente Pecina y las del resto de las tumbas de la Lora. En efecto, en las sepulturas iniciales los valores más altos se concentran, en efecto, en los grupos tipológicos G10 a G18, que corresponden a distintas variedades de triángulos, destacando la presencia de algunos ejemplares de lados cóncavos y espina central, tipo Cocina (aunque su talla sea muy inferior), tan característicos de la fase geométrica del Epipaleolítico mediterráneo español

(Fortea, 1973). Y puesto que otra de las crestas de la gráfica se superpone al grupo G6, esto es a los trapecios de truncaduras cóncavas, creemos poder hablar de la importancia en los momentos más antiguos del fenómeno dolménico burgalés de un microlitismo arcaico, comparable al acreditado en el País Vasco y del que cabría decir, parafraseando a Cava (1984, 101), «que entronca directamente con una cultura de cazadores-recolectores del Epipaleolítico». De ahí el interés de la moderna localización en la Cueva del Níspero, Orbaneja del Castillo, en una de las hoces que el Ebro ha modelado en esta misma zona de La Lora, de un nivel epipaleolítico con laminas de dorso y algún triángulo «tipo Cocina» (Corchón, 1988), en tanto parece desvelar las raíces locales de aquella tradición. Consignemos también que los geométricos vinculados a las dos modalidades de sepulcros de corredor propenden a concentrarse en los grupos tipológicos G2 a G5, correspondientes a trapecios simétricos o asimétricos de truncaduras rectas y, por último, que no faltan tampoco en estos monumentos algunos triángulos de truncaduras cóncavas, aunque el hecho de ser sólo once ejemplares, repartidos en nada menos que doce tumbas distintas, habla bien a las claras de su verdadera —y escasa— representatividad.

	G1	G2	G3	G4	G5	G6	G7	G8	G9	G10	G11	G12	G13	G18
<b>FUENTEPECINA</b>	11	2	5	1	3	4	7	1	0	0	0	17	12	3
<b>RESTO LORA</b>	3	8	12	0	7	0	4	4	3	0	5	7	0	1

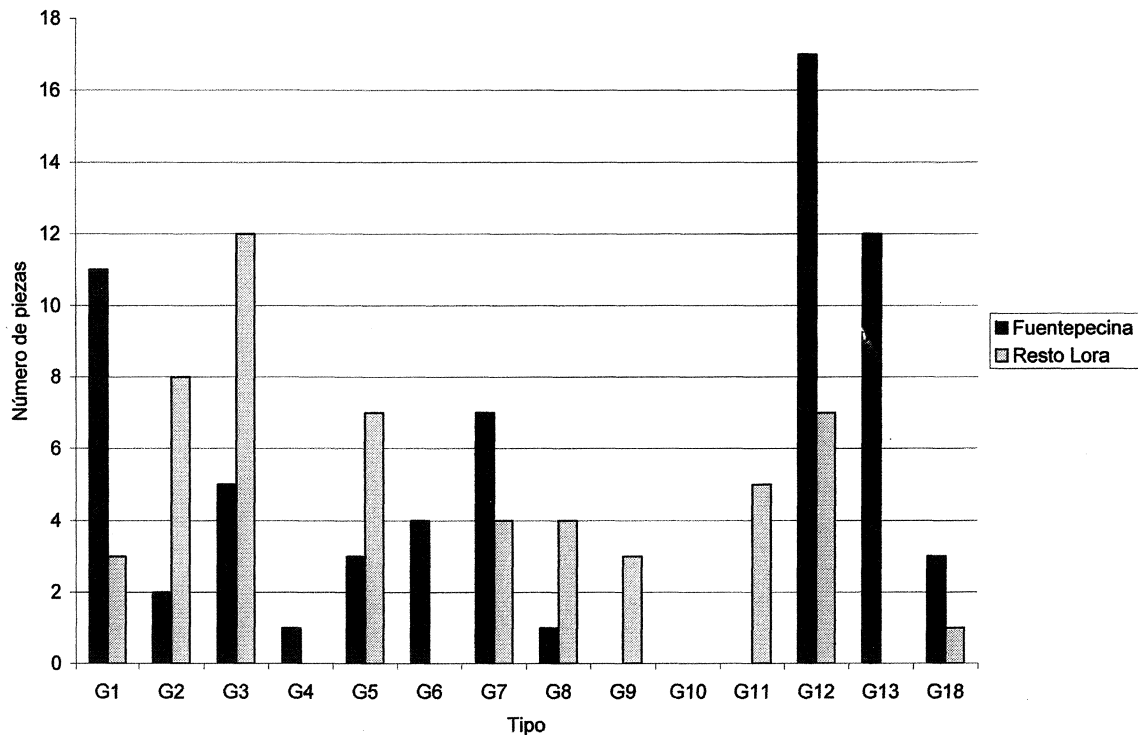


Fig. 3. Gráfico comparativo entre la industria geométrica de monumentos de la Lora.

A modo de conclusión y en lo que a las monturas de piedra tallada se refiere, subrayamos, pues, la percepción de tendencias en el comportamiento de los ajuares de los megalitos de acuerdo con su cronología, lo que invita a fijar sus correspondencias con las fases arquitectónicas perfiladas en apartados anteriores. Los pequeños monumentos del inicio del desarrollo del megalitismo regional aportan abundante industria microlítica arcaizante, con rasgos pigmeos —así la definimos en el caso de El Rebolledo (Delibes y Rojo, 1997: 405)— y elementos que tradicionalmente se consideran «primitivos», como los triángulos Cocina o los trapecios de truncaduras cóncavas. Mas, conforme van implantándose los sepulcros de pasillo incipiente, estos grupos irán progresivamente diluyéndose en favor de los segmentos y los trapecios de truncaduras rectas, cada vez de mayor tamaño y con menor presencia numérica, hasta que al final, y como característica diferencial de la fase megalítica más reciente (gran-

des sepulcros de corredor), se produzca un absoluto dominio de los foliáceos.

Por último, los datos manejados dan pie a una nueva reflexión que se enmarca en el ámbito de la hipótesis pero que tiene la virtud de trasladarnos más allá del campo de la arqueología descriptiva: nos referimos a la más que notable desproporción existente entre el tamaño de los monumentos y sus ajuares. De hecho, cuanto más pequeña es la tumba, mayor es el volumen de ajuar que acompaña a los difuntos y, a la inversa, cuanto mayor es la fuerza de trabajo invertida en la construcción del túmulo, menos relevantes, hasta hacerse casi meramente testimoniales, son las ofrendas depositadas en su interior. Este fenómeno que, con distintas connotaciones, se ha observado ya en otras áreas peninsulares (Criado y Fábregas, 1989), está lejos de ser irrelevante y, de hecho, se nos antoja íntimamente unido al proceso de evolución social en que se vieron inmersas las poblaciones de La Lora en el umbral de



la producción de excedentes. En efecto, nos parece intuir que lo que comienza siendo estrictamente una tumba, concebida además para unos pocos difuntos, acaba trocándose en una construcción simbólica en la que el individuo (y con él sus enseres particulares, las ofrendas) pierde casi todo protagonismo frente al significado ritual y de propaganda del monumento. Tras la muerte, los valores personales se someten a los del grupo, a los de una colectividad interesada por encima de todo en exhibir su cohesión ante «los otros» y, en ese sentido, obsesionada por la grandiosidad del continente sepulcral y, probablemente, por la ostentación y solemnidad de los rituales.

### 3. LA DICOTOMÍA TUMBAS CERRADAS / TUMBAS ABIERTAS O LA EVOLUCIÓN EN LAS NECESIDADES DEL RITUAL

El principal objetivo en este apartado es denunciar la existencia de una importante inflexión en la trayectoria secuencial de los yacimientos funerarios de La Lora, la cual atañe no tanto a su grado de monumentalidad como a los aspectos conceptuales de las sepulturas; una variación, en todo caso, de suficiente calado para inducirnos a reconocer una drástica segregación, pese a su común tumularidad, entre los primeros sepulcros tipo El Rebolledo y las más avanzadas sepulturas megalíticas. Aquellos, en efecto, fueron concebidos como tumbas cerradas, en las que los esqueletos de los muertos, aplastados por las tierras de los túmulos y herméticamente clausurados, no volvieron a ser accesibles para los supervivientes; mientras que en el caso de los sepulcros de corredor la propia planta de los monumentos, con sus explícitos accesos, despeja cualquier duda sobre el carácter abierto de los recintos y sobre la intención de seguir haciendo uso de ellos prolongadamente. Los túmulos cerrados se convierten más en monumentos para el recuerdo; predomina en ellos cierto carácter conmemorativo que no falta tampoco en los sepulcros de corredor pero sólo como un estigma añadido a su condición de cementerios presentes y futuros, esto es «de tumbas para la eternidad». Como trataremos de explicar, este fenómeno, que no es ni mucho menos exclusivo de este espacio —algo parecido puede registrarse en Bretaña, con los túmulos de cofres individuales, perfectamente bloqueados, en el inicio de la secuencia y los sepulcros de corredor y galerías cubiertas al fin de la misma—, tal vez tenga como meta sustituir lo que inicialmente fueron meras tumbas por monumentos de más compleja condición y significado en los que,

además de facilitarse el descanso a los muertos y de hacer alarde de la cohesión del grupo propietario, se materializará y estrechará la comunicación con los ancestros.

Los túmulos de El Rebolledo y Fuente Pecina IV responden a ese carácter de sepulturas cerradas, pese a que, en esencia, se trata de enterramientos colectivos: tres personas en aquel y entre cuatro y seis en Pecina. Sin embargo la impresión obtenida en el primero, prácticamente intacto en el momento de la excavación, es de que los tres individuos habían sido depositados al tiempo e inhumados a renglón seguido, después de someter sus cuerpos a un premeditado proceso de combustión. Sólo tras ello se erigirá el túmulo, con lo que puede decirse que se trata de un monumento de uso instantáneo, no diferido, pese a que su proyección conmemorativa, a diferencia de la estrictamente funcional, sobreviviera más o menos indefinidamente. Por el contrario, las sepulturas posteriores, con cámaras y accesos, estos últimos apenas insinuados en el dolmen simple de Pecina II y ya perfectamente explícitos en los más avanzados sepulcros de corredor, se revelan desde sus inicios, merced a su particular concepción, como monumentos funerarios de uso sostenido (para el presente y para el futuro), estando sus estructuras arquitectónicas llamadas a acoger enterramientos sucesivos correspondientes a los miembros de distintas generaciones. El carácter colectivo, pues, de este último tipo de sepulturas poco tiene que ver con el de las primeras, pese a ser también múltiples, y ello se ha dicho podría responder al interés redobrado que por la genealogía manifiestan las sociedades agrícolas. El concepto de tiempo y de espacio entre las comunidades neolíticas, como ha subrayado Meillassoux (1972), se aparta espectacularmente del habitual entre los cazadores recolectores: la tierra es ahora objeto de inversión y el retorno de lo invertido no es inmediato, lo que determina un cambio en las ideas previas sobre la propiedad territorial. Los agricultores sienten, comprensiblemente, la necesidad de ejercer un control mucho más estrecho sobre la tierra, y de ahí tanto su amojonamiento, recurriendo a las marcas tumulares, como la explicitación de unos inmemoriales derechos sobre ella a través de la acumulación de antepasados en el interior de unos monumentos nada aleatoriamente abiertos. Todo un fenómeno, se ha dicho, de exhibición de los antepasados (Bradley, 1998, 54-62).

No tenemos intención de repetir aquí las enseñanzas que el estudio del osario de Las Arnillas ha ofrecido sobre el particular reclutamiento de las inhumaciones en los grandes dólmenes de nuestra zona. Nos limitamos a recordar que, con bastante

seguridad, tuvo un carácter selectivo; que se enterraron proporcionalmente más hombres que mujeres; que predominaban también los individuos adultos y de edades avanzadas y que, aunque los niños se hallaban presentes en la muestra, su porcentaje parecía muy bajo y particularmente desproporcionado con respecto al que cabría esperar en cualquier sociedad primitiva, con elevadas tasas de mortalidad infantil (Delibes, 1995). Pero en este caso el propósito que nos mueve al analizar el tema de los calavernarios es otro. Deseamos más bien llamar la atención sobre la alta impresión de caos que deparan aquellos localizados en los sepulcros de corredor. Desorden que, naturalmente, obedece en gran medida al expolio que en el transcurso de la historia han sufrido, pero posiblemente también a su manipulación durante la fase de funcionamiento (Masset, 1993, 102-108). Y es que, como afirma Bradley (1998, 62-3), la tumba abierta proporcionaba la oportunidad de ritos mortuorios posteriores al momento inicial del depósito. Este último será expresión, fundamentalmente, de una ceremonia fúnebre; los posteriores estarán relacionados con el culto a los ancestros. La localización en el pasillo de Las Arnillas de un nido de cráneos desprendidos de sus raquis y esqueletos correspondientes —repetida en tono menor en La Cabaña (dos cráneos)— seguramente haya de interpretarse desde estos parámetros. Parecido significado seríamos partidarios de atribuir a la acumulación de huesos largos, formando un auténtico mazo, acreditada en un rincón de la cámara de San Quirce. Y cosa no muy distinta cabe pensar de los paquetes de huesos localizados cerca del extremo exterior del pasillo de Las Arnillas, que podrían incluso reflejar una circulación de reliquias fuera de las propias tumbas, entre los vivos, como la que se atestigua con cierta seguridad —una mandíbula y una calota craneana, en el poblado correspondiente a unos dólmenes inmediatos, sin duda coetáneos— en el complejo de yacimientos de la Viña de Esteban García, en el Valle del Tormes (Delibes *et alii*, 1997) y como la que no deja de apuntar el reconocimiento de una espátula sobre radio humano procedente del megalito vallisoletano de Los Zumacales, en Simancas (Delibes y Paz, 1999).

Consideramos especialmente atractiva la vinculación en La Lora de este fenómeno del culto a los ancestros al nuevo pensamiento de las comunidades agrícolas y a la fase de los sepulcros de corredor —la misma, por otra parte, en la que se registra el interesante fenómeno de las trepanaciones—, por cuanto parece reforzar la impresión de que estos fueron los hitos territoriales requeridos por la puesta en escena de la economía agrícola. Pero la pru-

dencia obliga a reconocer que aún carecemos de datos concluyentes sobre el comportamiento de los osarios en los dólmenes simples, y aún en los túmulos premegalíticos, para descartar en ellos por completo —aunque sean improbables— situaciones análogas.

#### 4. ESPACIO, TUMBA Y SOCIEDAD

El análisis espacial en arqueología, que comenzó siendo una simple descripción de los condicionantes físicos de cualquier grupo humano en un medio ambiente dado (paisaje estático), ha derivado en los últimos años hacia concepciones distintas, más atractivas y convincentes, en las que el paisaje se entiende no sólo como una realidad física, sino como el resultado «de un marco ambiental concreto modelado a través de la acción humana y cultural» (Criado *et alii*, 1991:29; Sherratt, 1996). Partiendo de dicha premisa, esto es, interpretando el paisaje como una realidad dinámica que se transforma bajo la presión cultural (la monumentalización en este caso), trataremos de llegar a comprender tanto su formación como las características de las sociedades implicadas en el proceso.

Para ello se precisa, en primer lugar, de un estudio que de cuenta de la dispersión real de los monumentos megalíticos en la Lora burgalesa (fig. 4) y que valore, al mismo tiempo, sus muy distintas características; y a partir de ahí nos habremos dotado de un instrumento de análisis con posibilidades de indagar en el campo de la sociedad, al que no serán ajenas en ningún caso las observaciones efectuadas previamente en el resto de los epígrafes de este mismo trabajo. Por lo que se refiere al primer aspecto, la distribución de los túmulos conocidos en La Lora se caracteriza por un espaciado territorial más o menos homogéneo y por la existencia de algunos grupos de sepulcros o necrópolis en zonas considerablemente alejadas entre sí. Dicha homogeneidad, sin embargo, se ensombrece no poco cuando, como se expresa en la fig. 4, se particularizan los rasgos de cada monumento, ya sea su arquitectura o, simplemente, su tamaño. La imagen entonces se torna más compleja y se llega a percibir con facilidad, por ejemplo, la enorme desproporción numérica que existe entre los túmulos pequeños, de menos de 12 m. de diámetro —muy comunes—, y aquellos —escasísimos— que superan la veintena. Dicho en otras palabras, en clave ahora arquitectónica, los más modestos túmulos y los dólmenes simples se prodigaron por doquier (mas de medio centenar de ejemplares), mientras los megalitos de pasillo corto se

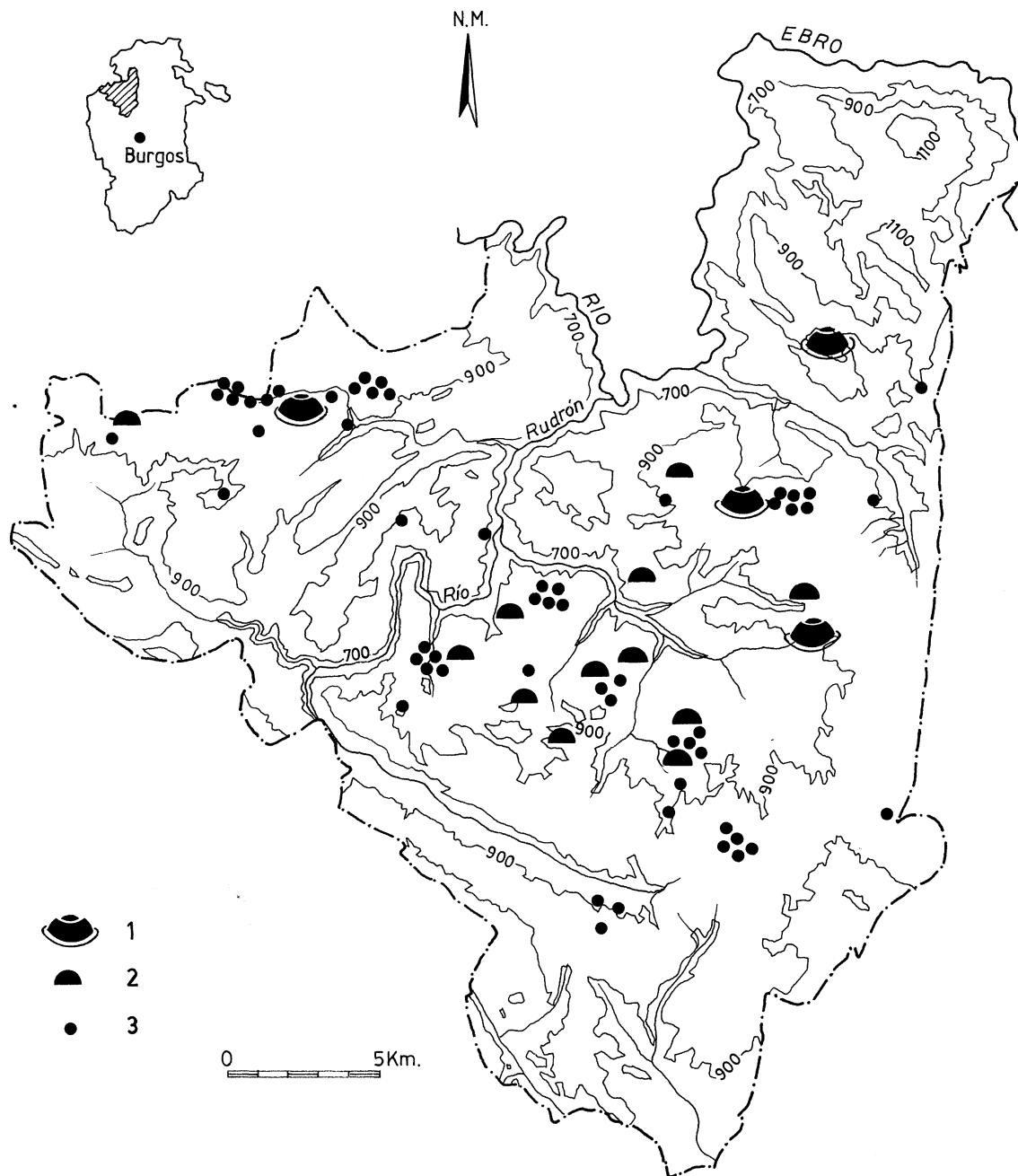


Fig. 4. Distribución, por tamaños, de los túmulos funerarios de la Lora burgalesa. 1: Más de 20 metros de diámetro; 2: Entre 12 y 20 metros; 3: Menos de 12 metros.

manifiestan mucho más tímidamente y los grandes sepulcros de corredor constituyen la excepción.

A partir de esta evidencia y ponderando en el análisis las conclusiones alcanzadas al hablar de la evolución de la arquitectura, de los ajueres y del ritual, nos sentimos hasta cierto punto legitimados para trazar un bosquejo de la estructura social de los

grupos humanos responsables de los paisajes culturales descritos (fig. 5). Creemos intuir, por ejemplo, que los primeros enterramientos tumulares de La Lora, de muy escasa proyección monumental, surgieron en el seno de comunidades pequeñas con sistemas económicos al menos no plenamente neolíticos, que se organizaban en segmentos modulares, lo

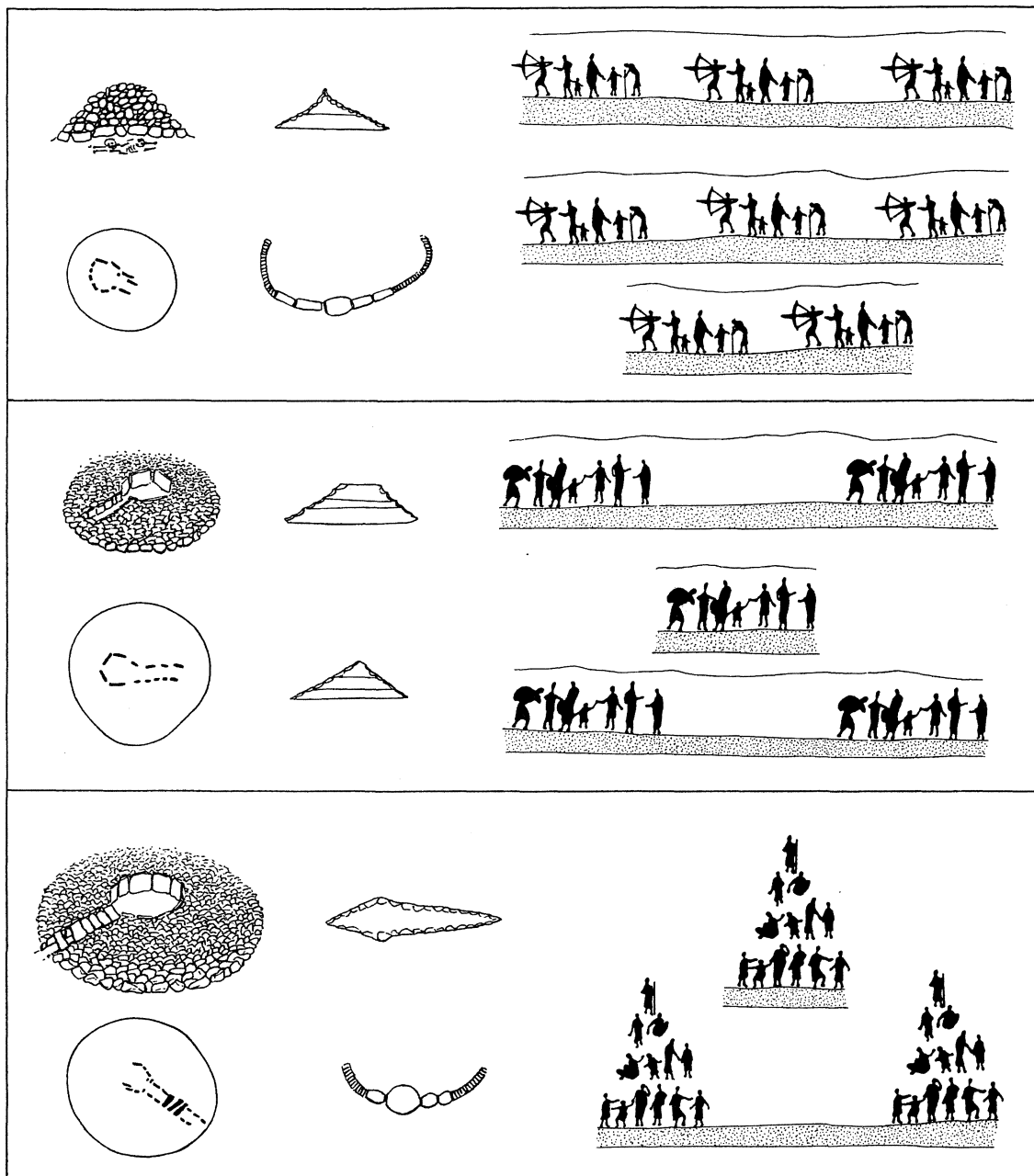


Fig. 5. Evolución de tipos de tumba en la Lora burgalesa, sus elementos ajuarísticos y proceso de agregación poblacional. (Elaboración a partir de una idea de Randsbörg, 1975, fig. 7).

que explicaría el espaciamiento territorial, a grandes rasgos regular y sin mayores asimetrías, de túmulos solitarios y grupos de túmulos. Es posible, además, que correspondieran a poblaciones no ajenas a cierta presión de las nuevas formas de vida neolíticas, las cuales podrían haberse visto involucradas en un proceso de adquisición de tales novedades similar al que se define como «de aculturación indirecta» en la

propuesta del «modelo dual» que se aplica a la expansión del Neolítico en el Este del Mediterráneo por parte de Bernabeu, Badal y Aura (1993).

Entendemos, por otra parte, que tales comunidades, polarizadas en la explotación de unos recursos cruciales restringidos, ya habían introducido algún cambio en sus tradicionales hábitos de subsistencia lo que acarrearía una mayor implantación territorial.

Al menos eso parece deducirse de la lectura de los datos polínicos de la turbera de La Piedra —en el área vecina de El Tozo— que ilustran un acusado proceso de deforestación antrópica con anterioridad a la fase de construcción de estos monumentos (Muñoz Sobrino *et alii*, 1997). Ello revela en cierto modo una tendencia por parte del hombre a explotar más sistemáticamente los recursos locales y, en definitiva, un apego creciente a la tierra, en una dinámica muy similar a la reconocida por entonces en otras zonas de la «fachada Atlántica», incluyendo la Cornisa Cantábrica y Galicia, que se tradujo en un aclarado del bosque para favorecer la caza de grandes ungulados (Jacobi *et alii*, 1976).

La incidencia en estas poblaciones de las nuevas ideas debió representar un peligro para su estabilidad subsistencial por la mayor presión que empiezan a sentir sus recursos críticos, aflorando tensiones dentro de su sistema de ordenación o equilibrio social. Es posible que entonces, en el seno de estos grupos, surgiera la necesidad de construir áreas formales de enterramiento que simbolizaran el control de aquellos recursos de la manera más visible, más perdurable y más eficaz.

Con el tiempo las comunidades locales acabaron por evolucionar en sintonía con las exigencias de un neolítico ya consolidado o en vías de consolidación. Entonces, en palabras de Sherratt (1995), se asiste al comienzo de un proceso de conversión del fondo demográfico existente; a un proceso activo, social, con cambios en las relaciones, más que una simple adaptación pasiva de nuevas prácticas, en el que la persuasión y el proselitismo a favor de las nuevas formas de vida (los grupos «conversos» se veían casi de inmediato recompensados con el crecimiento) no debieron tropezar con mayores obstáculos a la hora de reclutar una amplia fuerza de trabajo, adecuada para la actividad agrícola. Todo ello justifica que se produjera por entonces un fenómeno de agregación de segmentos modulares del que surgieron comunidades más amplias y más cohesionadas, e incluso más capaces, dirá V. O. Jorge (1986), para la inversión en grandes construcciones como los «templos/túmulos» que en nuestra zona pudieron ser La Cabaña, El Moreco o, sobre todo, Las Arnillas. La fuerza de trabajo a la que recurrir superaba con mucho a la existente con anterioridad.

Por este camino fué materializándose un muy particular sistema de apropiación del medio y de organización de las fuerzas productivas, cuyas manifestaciones más visibles, al menos a los ojos del registro arqueológico, fueron las construcciones funerarias. Unas sepulturas grandiosas que ahora ya se expresan monumentalmente, en tanto símbolos de

poder, lo mismo a los ojos de la comunidad propietaria —como signo de cohesión— que a los de las vecinas, y que en su fase final propenden a una exhibición monumental mayor, en relación con una progresiva complejidad social y, probablemente, con un acceso diferencial a los recursos. Una sociedad, en suma, cada vez más jerarquizada y que se basa en la jefatura como modelo de organización.

## BIBLIOGRAFIA

- BEGUIRISTÁIN, M.A. y VÉLAZ, D., 1999: «Megalitos, paisaje y memoria. Un estado de la cuestión», *Memoria y civilización*, 2, pp. 317-327.
- BELLO DIÉGUEZ, J.M., 1994: «Grabados, pinturas e ídolos en Dombate (Cabañas, Coruña). ¿Grupo de Viseu o Grupo noroccidental? Aspectos taxonómicos y cronológicos», Actas do Seminario O Megalitismo no Centro de Portugal, *Estudos Pre-históricos*, Vol. II, pp. 287-305.
- BERNABEU, J.; AURA, J.E. y BADAL, E., 1993: *Al Oeste del Edén. Las primeras sociedades agrícolas en la Europa Mediterránea*, Historia Universal, 4. Prehistoria. Editorial Síntesis, Madrid.
- BOUJOT, Ch. y CASSEN, S., 1992: «Le Développement des premières architectures funéraires monumentales en France occidentale», *Actes du XVIII<sup>e</sup> Colloque interrégional sur le Néolithique*, Vannes, 1990. *Revue Archéologique de l'Ouest*, Supplement n.º 5, pp. 195-211.
- BRADLEY, R., 1983: «The bank barrows and related monuments of Dorset in the light of recent fieldwork», *Proceedings of the Dorset Natural History and Archaeological Society*, 105, pp. 15-20.
- 1993: *Altering the earth. The origins of monuments in Britain and continental Europe*, 1992 Rhind Lectures. Society of Antiquaries of Scotland. Monograph Series, Number 8, Edinburgh.
- 1998: *The significance of monuments. On the shaping of human experience in Neolithic and Bronze Age Europe*, Routledge, Londres.
- CAMPILLO, J., 1985: «Memoria de las excavaciones realizadas en el término de Tablada de Rudrón (Burgos). El túmulo campaniforme de Tablada de Rudrón (Burgos)», *Noticiario Arqueológico Hispánico*, n.º 26, pp. 7-85.
- CAVA, A., 1984: «La industria lítica en los dólmenes del País Vasco», *Veleia*, N.S.1. pp. 51-147.
- CORCHÓN, M.S., 1989: «Datos sobre el Epipaleolítico en la Meseta Norte: La Cueva del Nispero (Burgos, España)», *Zephyrus*, XLI-XLII, pp. 83-101.
- CRIBADO BOADO, F., 1993: «Espacio monumental y

- paisajes prehistóricos en Galicia, en *Concepcions espaciais e estratexias territoriais na historia de Galicia*, Asociación Galega de Historiadores, Santiago de Compostela, pp. 23-54.
- CRÍADO BOADO, F. (dir.), 1991: *El área Bocelo-Furelos entre los tiempos paleolíticos y medievales*, Arqueoloxía/Investigación, 6. Dirección Xeral do Patrimonio Histórico e documental. Xunta de Galicia, Santiago de Compostela.
- CRÍADO BOADO, F. y FÁBREGAS VALCARCE, R., 1989: «Aspectos generales del megalitismo galaico», *Arqueología GEAP*, 19, pp. 48-63.
- CHAMBON, Ph. y MORDANT, D., 1996: «Monumentalismo et sépultures collectives à Balloy (Seine-et-Marne), en Monumentalismo funéraire et sépultures collectives», Actes du Colloque de Cergy-Pontoise, 13-14 juin 1995. París: *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, 93, 3, pp. 396 à 402.
- CHILDE, V.G., 1950: «The urban revolution», *Town and Planning Review*, 21, 1, pp. 3-17.
- DELIBES DE CASTRO, G., 1984: «Fechas de radiocarbono para el megalitismo de la Meseta Española», *Arqueología GEAP*, 10, pp.90 y ss.
- 1995: «Ritos funerarios, demografía y estructura social entre las comunidades neolíticas de la submeseta Norte», en Fábregas, R.; Pérez, F. e Ibáñez, C. (eds.) *Arqueoloxía da Morte. Arqueoloxía da Morte na Península Ibérica desde as orixes ata o medievo*. Excmo. Concello de Xinzo de Limia. Ourense, pp. 63-94.
- 2000: «Itinerario arqueológico de los dólmenes de Sedano (Burgos)», *Trabajos de Prehistoria*, 57, 2, pp. 89-103.
- DELIBES, G. y PAZ, F. de, 1999: «Ídolo-espátula sobre radio humano en el ajuar de un sepulcro megalítico de la Meseta», *SPAL*, 9, pp. 341-349.
- DELIBES, G. y ROJO, M., 1988: «En torno al origen del foco megalítico del oriente de la Meseta: de nuevo el sepulcro de Cubillejo de Lara», *BSAA*, LIV, pp.5-24.
- 1989: «Pintura esquemática en el sepulcro de corredor burgalés de «El Moreco», Huidobro», *Arqueología GEAP*, 20, pp.49-54.
- 1992: «Ecos mediterráneos en los ajuares dolménicos de la Lora burgalesa», *Coloquio Aragón/litoral mediterráneo*, Zaragoza, pp. 383-388.
- 1997: «C14 y secuencia megalítica en la Lora burgalesa: acotaciones a la problemática de las dataciones absolutas referentes a yacimientos dolménicos», en Rodríguez Casal, A. (ed.): *O Neolítico Atlántico e as orixes do megalitismo*, Actas do Coloquio Internacional de Santiago de Compostela, 1996, Santiago, pp. 391-414.
- DELIBES DE CASTRO, G.; ROJO GUERRA, M. y REPRESA, I., 1993: *Dólmenes de La Lora, Burgos. Guía Arqueológica*. Junta de Castilla y León, Salamanca.
- DELIBES, G.; BENET, N.; MARTÍN, R. y ZAPATERO, P., 1997: «De la tumba dolménica como referente territorial al poblado estable: notas sobre el hábitat y las formas de vida de las comunidades megalíticas de la Submeseta Norte», en Rodríguez Casal, A. (ed.) *O Neolítico Atlántico e as orixes do megalitismo*, Actas do Coloquio Internacional de Santiago de Compostela, 1996, Santiago, pp. 779-809.
- FORTEA, J., 1973: *Los complejos microlaminares y geométricos del Epipaleolítico mediterráneo español*. Memorias del Seminario de Prehistoria y Arqueología, Salamanca.
- GONÇALVES, V. dos S., 1999: *Reguengos de Monsaraz. Territorios megalíticos*, Cámara Municipal de Reguengos de Monsaraz, Lisboa.
- HOYOS, M., 1990: *Informe edafológico sobre el túmulo megalítico de El Moreco, Huidobro (Burgos)*, Madrid, mecanografiado.
- JACOBI, R.; TALLIS, J. H. y MELLARS, P., 1976: «The southern Pennine Mesolithic and the ecological record», *Journal of Archaeological Science*, 3, pp. 307-320.
- JORGE, V.O., 1986: «Monumentalização e necropolização no megalitismo europeu», *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, XXVI, 1-4, pp. 233-237.
- LECORNEC, J., 1994: *Le Petit-Mont, Arzon-Morbihan*. Documents Archaeologiques de L'Ouest, Rennes.
- LEGGE, A., 1989: «Milking the evidence: a reply to Entwistle and Grant», en MILLES, A.; WILLIAMS, D. y GARDNER, N. (eds.) *The beginnings of agriculture*, B.A.R., 496, Oxford, pp. 217-242.
- LESNER, G. y V., 1951: *Antas do Concelho de Reguengos de Monsaraz. Materiais para o estudo da cultura megalítica em Portugal*, Lisboa.
- LEISNER, V. y SCHUBART, H., 1964: «Dólmenes de Ciudad Rodrigo», *Zephyrus*, XV, pp. 47 ss.
- LÓPEZ, P., 1988: *Estudio palinológico del suelo infratumular del sepulcro de El Moreco, Huidobro (Burgos)*, Madrid, mecanografiado.
- MALUQUER DE MOTES, J., 1947: «Las comunidades prehistóricas alavesas y sus problemas», *Boletín de la Institución Sancho El Sabio*, 1, pp. 51-64.
- 1974: «En torno a la cultura megalítica de la Rioja alavesa», *Estudios de Arqueología Alavesa*, 6, pp. 833 y ss.
- MEILLASSOUX, C.L., 1972: «From reproduction to production», *Economy and society*, 1, pp. 93-105.

- MORDANT, D., 1997: «Le complexe des Réandins à Balloy: enceinte et nécropole monumentale», en Constantin, C., Mordant, D. y Simonin, D. (dir.) *La Culture de Cerny. Nouvelle économie, nouvelle société au Néolithique*, Actes du 6e Colloque International de Nemours, Musée de Préhistoire d'Ile-de-France, París, pp. 449-479.
- MUÑOZ SOBRINO, C.; RAMIL-REGO, P.; DELIBES DE CASTRO, G. y ROJO GUERRA, M.A., 1997: «Datos paleobotánicos sobre la turbera de La Piedra (Páramo del Tozo, Burgos)», en: Ramil-Rego, P., Fernández Rodríguez, C. y Rodríguez Guitin, M. (eds.): *Biogeografía Pleistocena-Holocena de la Península Ibérica*. Xunta de Galicia, pp. 149-163.
- RANDBÖRG, K., 1978: «Social Dimensions of Early Neolithic Denmark», *Proceedings of the Prehistoric Society*, 41, pp. 105-117.
- RENFREW, C., 1976: «Megaliths, territories and populations», en de Laet, S.J. (ed.) *Acculturation and continuity in Atlantic Europe mainly during the Neolithic period and Bronze Age*, *Dissertationes Archaeologicae Gandenses*, Brugge, pp. 198-220.
- ROJO GUERRA, M.A., 1989: «El túmulo protohistórico del Paso de la Loba (Huidobro, Burgos)», *Trabajos de Prehistoria*, 46, pp. 99-116.
- 1990: «Monumentos megalíticos en la Lora burgalesa: exégesis del emplazamiento», *BSAA*, LVI, pp. 53-63.
- 1994: «La relación hombre/espacio en el horizonte megalítico de La Lora, Burgos», Actas 1.º Congreso de Arqueología Peninsular, vol. IV, *Trabalhos de Antropología e Etnología*, 34 (3-4), pp. 81-98.
- SAVORY, H.N., 1975: «The role of upper Duero and Ebro basins in megalithic diffusion», *BSAA*, XL-XLI, pp. 159 y ss.
- SHERRATT, A., 1990: «The genesis of megaliths: monumentality, ethnicity and the social complexity in Neolithic North-West Europe», *World Archaeology*, 22, 2, pp. 147-167.
- 1995: «Instruments of conversion?. The role of megaliths in the Mesolithic/Neolithic transition in North-West Europe», *Oxford Journal of Archaeology*, 14, 3, pp. 245-261.
- 1996: «Settlements patterns and landscapes studies? Reconciling reason and romance», *Archaeological Dialogues*, 3 (2), pp. 140-159.
- THOMAS, J., 1990: *Rethinking the Neolithic*. Cambridge University Press, Cambridge.
- 1991: «L'émergence des sépultures collectives du Néolithique français: réflexions et hypothèses», *L'Anthropologie*, 95, 1, pp. 237-256.
- URIBARRI ANGULO, J.L., 1975: *El fenómeno megalítico burgalés*. Diputación Provincial, Burgos.